



Este capítulo forma parte del libro:

***Trayectorias universitarias (1973–2023)
Experiencias docentes y administrativas
en la Universidad Autónoma de
Aguascalientes***

**Marcela López Arellano
(Coordinadora)**



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

Número de edición: Primera edición electrónica

Editorial(es):

- Universidad Autónoma de Aguascalientes

País: México

Año: 2025

Páginas: 244 pp.

Formato: PDF

ISBN: 978-607-2638-49-5

DOI:

<https://doi.org/10.33064/UAA/978-607-2638-49-5>

Licencia CC:



Disponible en:

<https://libros.uaa.mx/uaa/catalog/book/355>

Experiencias de egresados de la UAA



UN EXALUMNO DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE AGUASCALIENTES. INGENIERÍA CIVIL (1978-1983)

Juan Antonio de la Rosa López

Todos los que seguimos siendo estudiantes, aun después de cuarenta años de haber egresado de las aulas de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, seguimos sintiéndonos parte de ella, y lo comento porque después de tantos años, cuando recuerdo esos tiempos, no me puedo sustraer de pensar y sentir lo que viví en la universidad y lo que creo es el sentir de cada uno de los que estuvimos en las aulas, no importa si fue hace más de cuatro décadas.

Mi nombre es Juan Antonio de la Rosa López, soy de la generación 1978-1983 de la carrera de Ingeniería Civil, uno de los primeros programas ofertados por la universidad en cuanto a ingeniería, lo cual provocó que muchos aspirantes solicitaran hacer el examen de ingreso, aunque no fuera la ingeniería civil su objetivo, pues tomaron el examen a esta opción de estudio al tiempo que presentaron sus exámenes en otras escuelas de ingeniería, como en la Ciudad de México, en Zacatecas, en San Luis Potosí o en Jalisco.

Después de que egresé de la prepa de Petróleos de la UAA en la generación 1975-1978, solicité el examen de admisión para la Universidad Autónoma de Aguascalientes, en la carrera de Arquitectura, que me parecía la más afín a lo que me apasiona: la construcción en general, y pasé el examen. Unas semanas después, al conocer más sobre dicha carrera, decidí que no era lo que quería estudiar y gestioné, con el apoyo de mi tío, el doctor Gabriel de la Rosa, hermano de mi padre, una entrevista con uno de los personajes más connotados y apreciados de la comunidad universitaria desde entonces, el doctor Alfonso Pérez Romo. Él era entonces el rector de la universidad y el resultado de la entrevista fue que revisaría la posibilidad del cambio entre programas de estudio, con la advertencia de que el grupo de Ingeniería Civil ya estaba a tope. Pero, como mencioné antes, hubo aspirantes que lograron ingresar a ingenierías en universidades fuera del estado y dejaron vacantes. Gracias a ellos pude ingresar a estudiar esta profesión que, hasta hoy, me enorgullece ejercer, así como la oportunidad de enseñar en ella.

Por cierto, quiero señalar que la universidad me permitió inscribirme con el apellido en el orden correcto para mí: *De la Rosa López*. Sucedió que, al registrarme en 1978, cuando me preguntaron en Control Escolar –ubicado en lo que ahora son las instalaciones del Museo de la Muerte, en el Edificio 19 de Junio–, de la manera más firme le dije a la señorita: *De la Rosa López Juan Antonio*, y afortunadamente así quedó anotado hasta ahora. Esto porque los dieciocho años anteriores a ese evento, algunos podrán recordar que los apellidos comenzaban quitando los “de la”, “del” y más, y sólo anotaban lo que seguía del apellido, como lo hacían en los apellidos en el directorio telefónico. Así que mi nombre en las listas de mis estudios anteriores había sido: *Rosa López Juan Antonio de la*, un motivo de bullying en secundaria y preparatoria. Con el registro correcto no se eliminó el bullying completamente, pero ya no fue por el apellido.

Continuando con lo que nos ocupa, ingresé a Ingeniería Civil en un grupo de veintisiete alumnos, de los cuales ya conocía a la mayoría, pues habíamos estudiado en la prepa de Petróleos. Y

comenzó la historia de recorrer cinco años, o diez semestres, en los que aprenderíamos el contenido de los programas y en los que, día a día, durante ese periodo, conocería y quedaría en mi persona el sello del *alma mater* de mi universidad. En mi caso, soy integrante de la quinta generación, ya que la carrera de Ingeniería Civil comenzó en 1974, un año después de que el Instituto de Ciencias y Tecnología fue transformado en la Universidad Autónoma de Aguascalientes.



Inauguración de la Semana de Ingeniería Civil en el periodo del rector doctor José Manuel Ramírez Isunza (1981-1983). Fototeca UAA.

La carrera comenzó con una mezcla de profesores que residían en Aguascalientes y de otros maestros jóvenes que se mudaron de San Luis Potosí a nuestra ciudad. Las clases en ese entonces se impartían por la mañana y por la tarde, lo cual nos ocupaba todo el día, y con el paso del tiempo fue cambiando a que las clases fueran sólo por las mañanas. De esta manera, nuestro grupo se consolidó cada vez más y facilitó que se realizaran actividades. Una de ellas fue que pudimos adquirir (de contrabando, eran tiempos de la “fayuca”) una computadora que dos de nuestros compañeros trajeron a la universidad. Fue la primera computadora que tuvo la universidad para los alumnos, era una Radio Shack, la TRS-80, que utilizaba como medio de respaldo un casete de cinta magnética que años más tarde se

transformó en los discos flexibles de 5 ¼ y de 3 ½ pulgadas, aún presentes durante muchos años como medios de respaldo de la información.

Las primeras tres generaciones de Ingeniería Civil no tuvieron una población estudiantil de más de quince alumnos, pero de la cuarta generación en adelante aumentó el número de estudiantes. A partir de la novena o décima generación, se abrió la oportunidad a más aspirantes porque se estableció que habría dos grupos, uno que comenzaba en agosto y otro en enero, lo cual se mantiene a la fecha. Hasta la actualidad han egresado más de dos mil ingenieros civiles.

En mi generación, también experimentamos el crecimiento de la planta física de la universidad, empezamos las clases en lo que anteriormente fueron los edificios F, J, K, ya que los nombraban con letras (los que ahora son los edificios 4 y 5), pues podíamos llegar con rapidez por la caseta oriente, la única en ese entonces. Fui mos viendo cómo se construían más edificios y los diversos sistemas constructivos que se utilizaron. En un principio, se diseñaron con procesos un tanto complejos, y en poco tiempo, esos procesos cambiaron por unos más simples. Cabe mencionar que, en ese entonces, fue el gobierno federal, a través del CAPFCE (Programa Federal de Construcción de Escuelas), quien construyó los primeros edificios donde se ubicarían algunos centros académicos, como el de Artes y Humanidades (ahora Centro de Ciencias Sociales y Humanidades), y que sigue ocupando los mismos espacios desde su creación.

En nuestro caso, el Centro Tecnológico (hoy Centro de Ciencias del Diseño y de la Construcción) comenzó con dos programas educativos, la carrera de Arquitectura y la de Ingeniería Civil; años más tarde, y conservando el mismo nombre, se creó la carrera de Urbanismo y la de Diseño de Modas, cuando cambiaron el nombre del centro, al cual se incorporaron otros tres programas educativos: Diseño Gráfico, Diseño de Interiores y Diseño Industrial, siendo siete carreras las que integran la oferta educativa del Centro.



Evento de Arquitectura y de Ingeniería Civil del Centro Tecnológico de la UAA. Fototeca UAA.

Entrar a los salones de clase construidos en las décadas de 1970 y 1980 nos permite observar los materiales que formaban las paredes con el tabique cerámico de color blanco de la marca Cerámica Santa Julia, también el piso que era de la misma marca, pero de color rojo, así como los techos formados por un sistema de sándwich, con un material innovador que eran los casetones de poliestireno expandido. Mencioné antes que el proceso fue complejo, tanto en su armado como en su construcción, porque se pretendía que dichos espacios fueran térmicos y tuvieran una vista volumétrica que permitiera el confort a los estudiantes. Con el paso del tiempo, eso cambió por procesos más simples que facilitaron incluso la construcción de un nivel más, lo cual se advierte en la planta física actual de la universidad, con más edificios de dos plantas y algunos de tres.

Los profesores, las experiencias

Volviendo al proceso de estudios de Ingeniería Civil, tuve la oportunidad de establecer contacto cercano con el ejercicio profesional de mis profesores y de valorar su esfuerzo para innovar sus técnicas en las

clases. Quiero mencionar que la universidad, de forma permanente, implementaba técnicas para facilitar el proceso de enseñanza-aprendizaje, ya que, en su mayoría, los profesores eran profesionistas activos en su ejercicio profesional y había que capacitarlos para que la transmisión de conocimientos a los alumnos fuera más eficaz. Creo que si nombro a mis profesores, seguramente dejaré fuera a alguno, pero me gustaría mencionar a varios que recuerdo y lo que aprendí de ellos, sin intención de excluir a los demás:

El ingeniero Héctor Elizalde González, quien fuera el decano del Centro Tecnológico, por su técnica y prácticas para la enseñanza de la construcción, quien más tarde fue mi cliente, ya que le construí una casa para una de sus hijas. Él siempre se interesó en la innovación de materiales. El ingeniero José Manuel Aranda Gómez, segundo decano del Centro, por su disciplina y capacidad de análisis; enseñaba en los primeros semestres y su manejo en mecánica de suelos era singular y excepcional. El ingeniero Gonzalo González Hernández, quien más tarde se convertiría en rector de la universidad, por su capacidad de análisis y su generosidad hacia nosotros.

El ingeniero Petronio Villegas González, invitado a la universidad por el ingeniero Héctor Elizalde, y quien se convirtió en nuestro maestro de la materia de Ferrocarriles, porque estuvo laborando en Ferrocarriles Nacionales de México. A él, un agradecimiento especial por su guía durante y posterior a mi estancia por la universidad. Me enorgullece sobremanera su reconocimiento a mi persona, pues aun después de cuarenta años de haber egresado de la universidad, él recuerda un par de anécdotas que se presentaron en el aula.

El ingeniero Raúl Menchaca Menchaca, maestro que acompañaba y apoyaba a todos, reconociendo su calidad de maestro en estructuras; con su apertura, facilitó la sinergia para el aprendizaje de las estructuras. El ingeniero Carlos González García (q. e. p. d.), por su gran capacidad en Hidráulica y las áreas de Saneamiento. Fui su alumno adjunto y ahora continúo su labor enseñando esas mismas áreas en Ingeniería Civil de la UAA. Igualmente, mencionar a los ingenieros: Raúl Marmolejo Ramírez (Estructuras), Aníbal

García Pérez (Carreteras), Clemente Sánchez (Topografía), Carlos Ortiz González (Agua potable), entre otros.

Profesor de Ingeniería Civil; profesionista de la construcción

Abro a continuación dos etapas de mi vida, la primera como profesor y la segunda como practicante de la profesión. En agosto de 1984 obtuve la numerabilidad como profesor en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Desde ese entonces, a lo largo de treinta y nueve años he impartido diversas materias en el área de Construcción, de Hidráulica y Saneamiento a las carreras de Ingeniería Civil, Arquitectura y Urbanismo. He combinado la enseñanza con la práctica profesional, pues también en 1984 fundé mi primera empresa de construcción, a la que le siguieron otras dos. Como testigo presencial de la historia de la universidad desde 1975 cuando ingresé a la preparatoria, y luego en la universidad, he podido observar la evolución de todos los rectores que han ocupado el cargo en la universidad. De igual manera, pero más cercana, la evolución del Centro Tecnológico, ahora Centro de Ciencias del Diseño y de la Construcción. En el transcurso de estos años, ahora estoy en la posición de ser maestro de los hijos de mis alumnos, pues ya han pasado por mis aulas dos generaciones, lo que me permite recibir de mis alumnos los recuerdos y saludos de sus padres.

Numerosas anécdotas pasan en la universidad. Como alumno y como profesor, mencionaré algunas sólo para recordar, enaltecer y saborear esos momentos. En 1988, siendo maestro, se organizó un viaje de estudios a la Ciudad de México con un grupo de estudiantes en el que solamente había una compañera mujer y los demás hombres, que, por cierto, cabe hacer mención a la importancia de siempre mantener la presencia de las mujeres en la carrera, distinguiéndose por su dedicación, aprovechamiento y también por su liderazgo dentro de los grupos, desde el inicio en los años setenta y ahora en los años 2020. En ese viaje, este grupo buscó el apoyo de

un partido político (PRI) porque les dijeron que les brindarían el transporte dentro de la ciudad, lo cual no ocurrió. Cuando llegamos, al siguiente día no pudimos contactar con ellos y entonces nos quedamos sin apoyo ni visitas programadas, dado que este partido les había prometido que, una vez llegáramos, organizaría el calendario y visitas.

No obstante, fue gracias al ICA (Ingenieros Civiles Asociados), a quienes yo contacté por recomendación de un ingeniero que había ido como invitado a la universidad, que logramos tener el apoyo para visitar la construcción del Hotel Nikko, las obras de expansión del Sistema Metro y el sistema de Pilotes de control (diseño antísmico), ya que recién había acontecido tres años atrás el sismo de 1985. Fue así que completamos un viaje que resultó excelente y lleno de experiencias. Por cierto, como en todos los grupos de alumnos, siempre hay algunos que por “precaución” se mantienen en todo momento junto al profesor, a diferencia de otros que se quieren “independizar.” Esa vez, a uno de ellos le pareció más “seguro” estar cerca del profesor, es decir, conmigo, de manera que en ese viaje compré el anillo de compromiso que le daría a mi futura esposa, y el estudiante fue testigo de la compra en el Centro Joyero de la Ciudad de México.

En otra ocasión, recién ocupaba la presidencia del país Carlos Salinas de Gortari, se hizo presente en la universidad una organización que se hacía llamar “Omega”. Ellos daban trabajo a alumnos de las carreras relacionadas con la construcción, invitándolos a integrarse a talleres como carpintería y construcción. Resultó que esta organización estaba apoyada por la “Quina” (Joaquín Hernández Galicia, exlíder de Petróleos Mexicanos), según comentaban, y un día del semestre en curso, siendo el licenciado Efrén González Cuéllar el rector en turno, y el secretario general el licenciado José Andrade Ríos, se presentaron por la tarde en las aulas de Ingeniería Civil, y con una lista en mano, nombraron a los alumnos que pertenecían al mencionado grupo, aplicándoles sanciones como suspensión por tiempo definido o definitivo de la universidad. Esto provocó un impacto en mí, ya que no se había presentado antes una

circunstancia como tal en la universidad, y creo que hasta ahora 2023, que se sepa, no ha pasado algo igual.

Este acontecimiento reafirmó la autonomía de la universidad, y la medida que se aplicó puso en mi conocimiento lo que se tiene que hacer por cuidar los valores que todos los universitarios valoramos. Como egresados de la universidad nos ubicamos “en el fin del principio,” como lo cita el libro de *Introducción a la Ingeniería* de Kirk D. Hagen, que fue el texto utilizado en primer semestre de la carrera. Por cierto, el maestro que nos impartió esa materia fue el ingeniero Xavier Macías Peña, connotado constructor de esos años, y analizando ese término, habíamos alcanzado el fin de los estudios, pero estábamos en el principio de la práctica profesional, así que la práctica de la profesión empieza con energía, con esperanza, sueños por redimir proyectos personales y familiares.

No es tema de este texto presentar el currículo que he formado a lo largo de cuarenta años de ejercicio profesional, pero puedo mencionar que fundé tres empresas, dos de ellas dedicadas a la construcción y una enfocada en el desarrollo de tecnologías relacionadas con la construcción. He tenido oportunidad de participar en los sectores gremiales de la Construcción y de la Innovación con la Secretaría Estatal de Desarrollo Económico, en el Colegio de Ingenieros Civiles, la Cámara Mexicana de la Industria de la Construcción y en el Clúster Industrial de Empresas Verdes. Las lecciones aprendidas del ejercicio profesional han sido muchas, pero una de las más importantes fue que quienes a veces poco te conocen son quienes depositan en ti su confianza para realizar un proyecto de gran calado. Esto representa un reto y al mismo tiempo un compromiso de practicar con ética y generosidad de quienes recibes la oportunidad y a quienes tienes que devolver esa acción. Ha sido un compromiso personal desde ese entonces tener alumnos haciendo sus prácticas profesionales dentro de la empresa, compartiendo con ellos la experiencia del ejercicio profesional y, de ese ejercicio, la mayoría se han convertido en excelentes profesionistas.

Finalmente, considero que la Universidad Autónoma de Aguascalientes le dio otra categoría a la ciudad de Aguascalientes,

le quitó la de lugar pequeño y pueblerino, la elevó a un punto donde aquellos que aspiraban a que sus hijos tuvieran una profesión, ahora puedan tenerla. Con la universidad, llegó un nivel académico generado localmente, que fue una solución para el estado de Aguascalientes con la preparación de profesionales que resolvieran las problemáticas sociales. Desde entonces, la UAA resuelve y mantiene el nivel ético del ejercicio de las profesiones, es un referente de los niveles de honestidad, de ética y de las buenas prácticas profesionales. La Universidad Autónoma de Aguascalientes es una fuente de luz, no es fortuito que cada egresado sea proyección de esa luz. Dentro de las paredes que circundan a la universidad, no existen diferencias sociales, cualquier estudiante, académico y administrativo, saben que es una institución donde los valores que he mencionado se mantienen y se resguardan, que es una extensión y una depositaria de lo que se aprende en la casa de cada hidrocálido, donde se aprende, además de un grado académico, la formación de personas de bien, capaces de engrandecer y hacer un mejor México.



Fotografía propiedad del ingeniero Juan Antonio de la Rosa con sus alumnos y alumnas de Ingeniería Civil de la UAA, generación 2019-2024.